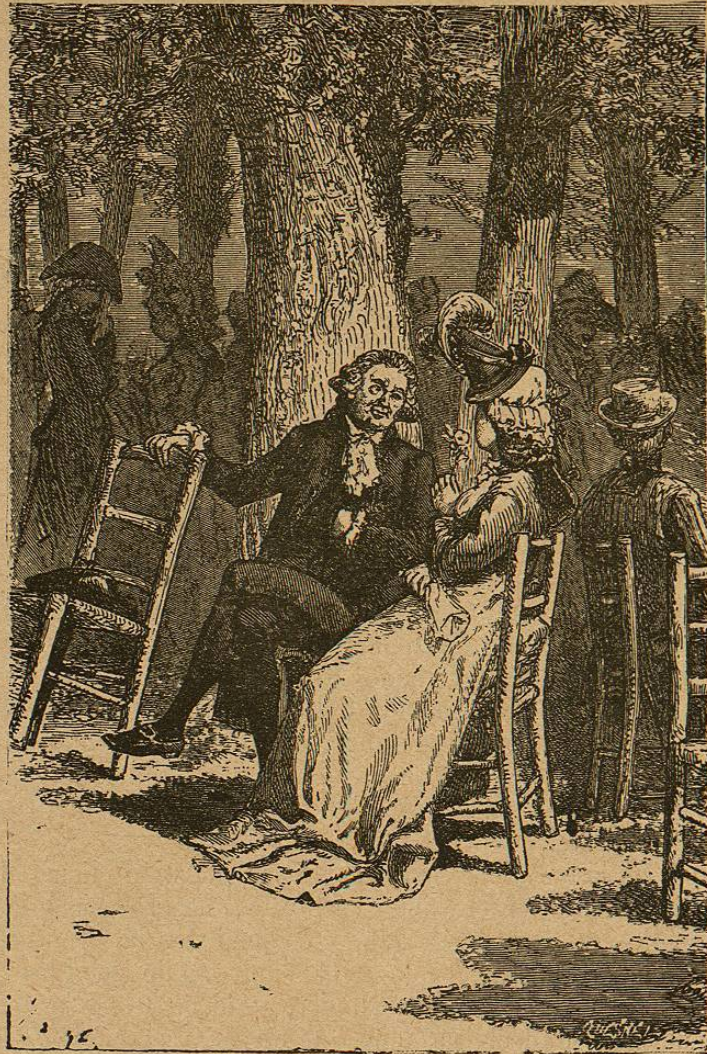


única según todas las apariencias, que tuvieron jamás. Otra debilidad de aquel hombre, que no se puede disimular, era que algunas muestras de confianza, exagerada sin duda por el celo de Lamarck, que quería cen-



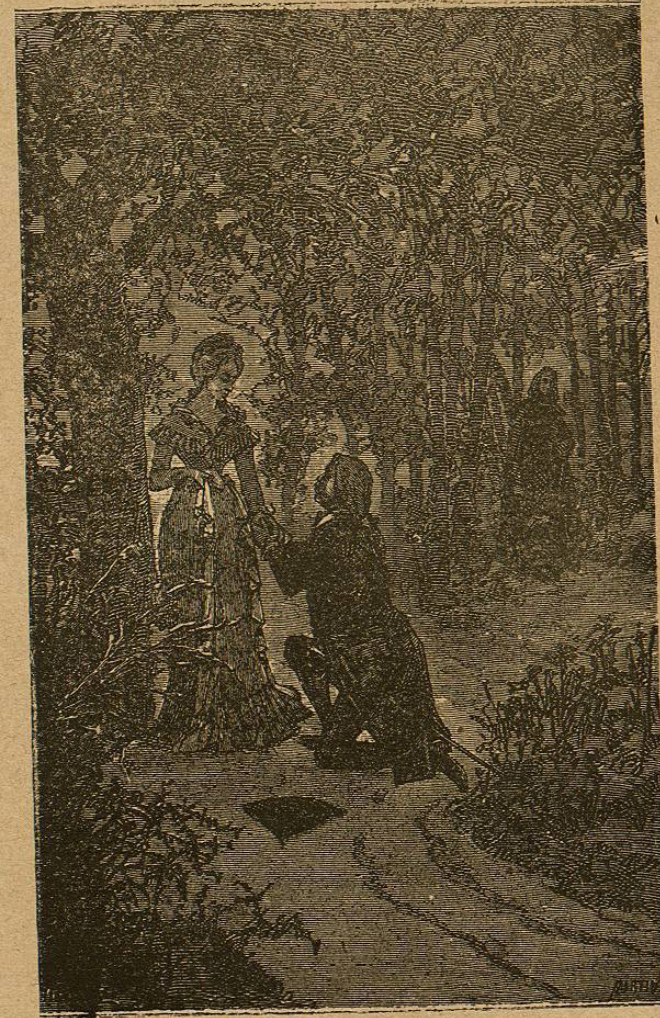
Encontró á la joven y ardiente madame de Staël y se puso tranquilamente á hacerla el amor. (Pág. 331)

surarlas, exaltaron la imaginación del gran orador, crédulo como todos los artistas; á consecuencia de esto, atribuyó á la reina una superioridad de espíritu y de carácter que no demostraba ella.

Creyó también Mirabeau, en su fuerza y en su orgullo, que aquel á quien ningún hombre resistía dominaría sin dificultad la voluntad de

una mujer. Mirabeau hubiera sido el ministro de una reina mucho mejor que el de un rey; deseaba ser el ministro ó el amante.

La reina estaba entonces con el rey en Saint-Cloud. Rodeados por la guardia nacional, se encontraban en un medio cautiverio bastante



«¡Señora, la jmonarquía está salvada!» (Pág. 335)

libre, puesto que todos los días iban á pasearse sin guardias á distintos lugares.

Había, sin embargo, muchas buenas gentes de corazón sensible que no podían soportar la idea de un rey y de una reina prisioneros de su súbdito.

Un día, al comienzo de la tarde, la reina escuchó un rumor en los

alrededores solitarios de Saint-Cloud; levantó la cortina y vió bajo del balcón cerca de cincuenta personas, mujeres del campo, sacerdotes, ancianos, caballeros de San Luis, que lloraban á media voz y contenían sus sollozos.

Mirabeau no podía ser sometido á la prueba de semejantes impresiones. A pesar de todos sus vicios seguía siendo hombre de ardiente imaginación, de pasiones tempestuosas, y encontraba alguna felicidad en sentirse el apoyo, el defensor, el libertador acaso de una hermosa reina prisionera.

El misterio de la entrevista aumentaba su emoción. Fué, no en coche, sino á caballo, para no llamar la atención, y le recibió la reina no en el castillo, sino en un lugar muy solitario, en el punto más elevado del parque, reservado á los reyes: en el kiosco que corona el jardín... Era á fines de Mayo.

Mirabeau estaba entonces visiblemente atacado del mal que le llevó á la tumba; no hablo de sus excesos, de sus prodigiosas fatigas. No, Mirabeau no murió mas que del odio del pueblo. ¡Adorado y después escupido!; haber tenido su prodigioso triunfo de Provenza, en el que se sintió colocado sobre el seno mismo de la patria... para llegar al fin, en Mayo del 90, á que pidiera el pueblo en las Tullerías que le fuera entregado para colgarle... El mismo, haciendo como acostumbraba frente á la tempestad, sin sentirse sostenido por una conciencia tranquila, percibía cada vez que ponía la mano sobre su pecho el dinero que aquella mañana había recibido de la corte...

Todo esto se agitaba y hervía en su alma turbada y se convertía en cólera, desesperación y vaga esperanza.

Cuando sobre su caballo subía el violento Mirabeau lentamente la avenida de Saint-Cloud, iba ya herido de muerte; notábasele en la tez oscura y poco transparente, en los ojos enrojecidos, en las mejillas lacias y en un comienzo de pesadez y obesidad mal sana.

Y la reina, que esperaba en el pabellón, ¡cuánto había cambiado también! Sus treinta y cinco años, antes bien disimulados, aparecían ahora con el encanto de la edad que tantas veces ha pintado Van Dick; agregad en aquel rostro palideces delicadas, ligeramente violáceas, que revelan un mal profundo... ¡Enferma, profundamente enferma y para no curar jamás!... Enferma del corazón y del cuerpo... Se ve bien cuánto lucha.

Allí está con la cabeza alta y con los ojos secos; pero demasiado claramente se ve que llora todas las noches. Su dignidad natural y la de su desgracia, que son otras realidades, la amparan de toda desconfianza, y aquel que lo juega todo por ella tiene necesidad de creerla.

María Antonieta quedó sorprendida al ver que aquel hombre tan popular, que el orador tempestuoso por cuyos labios había hablado la Revolución, que aquel monstruo, en fin, era un hombre... que tenía un encanto particular y una delicadeza que ocultaba bien su energía.

Según todas las apariencias, la entrevista fué vaga, muy poco ó nada concluyente. La reina tenía su pensamiento que guardaba, y Mirabeau tenía el suyo, que no ocultaba de ningún modo: salvar á la vez al rey y á la libertad... ¿Qué lenguaje común podía haber entre ellos?... En el momento de terminar, Mirabeau, dirigiéndose á la mujer más que á la reina, con una galantería respetuosa le dijo: «Señora, cuando vuestra augusta madre hacía á algunos de sus súbditos el honor de admitirles en su presencia, jamás les despedía sin darles á besar su mano.» La reina le presentó la suya; Mirabeau se inclinó y estrechó aquella mano entre las suyas, la besó y después, alzando la cabeza, exclamó con un acento impregnado de ternura y de soberbia á la vez: «¡Señora, la monarquía está salvada!»

En el mismo momento en que Mirabeau, á cambio de su popularidad y casi de su vida, arrancaba á la Asamblea aquel peligroso decreto que, en el fondo, daba al rey el derecho de paz y de guerra, el rey hacía buscar en los archivos del parlamento las antiguas fórmulas de protestas contra los Estados generales, queriendo hacer una protesta secreta *contra todos los decretos de la Asamblea* (23 de Mayo).

Gracias á Dios la salvación de Francia no dependía de este gran hombre crédulo ni de esta corte engañada. Aquel decreto devuelve la espada al rey, pero la espada estaba rota.

El soldado se torna pueblo, se mezcla al pueblo y fraterniza con el pueblo.

M. de Bouillé nos ha hecho saber en sus memorias que no desperdiciaba pretexto ni ocasión para poner en lucha al soldado y al pueblo para inspirar al militar el odio y el desprecio al burgués.

Los oficiales habían aprovechado áridamente una ocasión para hacer subir este odio más alto todavía hasta la Asamblea nacional, calumniándola cerca del soldado.

Uno de los más firmes patriotas, Dubois de Crance, había expuesto á la Asamblea nacional la triste organización del ejército, reclutado en su mayoría con gente de mal vivir; deduciendo de ello la necesidad de una organización nueva que debía convertir al ejército en lo que debía ser, la flor de Francia.

Justamente de estas palabras honrosas para el militar y de esta tentativa para reformar y rehabilitar al ejército, fué de lo que más se abusó. Los oficiales decían y repetían al soldado que la Asamblea le ultrajaba. La corte concibió grandes esperanzas, creyendo que iba á volver á apoderarse del ejército. Desde las oficinas del ministerio se escribían al comandante de Lille estas significativas palabras: «Cada día tomamos un poco de consistencia. Que quieran olvidarnos, no contar con nosotros para nada y bien pronto lo seremos todos.» (8 de Diciembre, 3 de Enero.)

¡Vana esperanza! ¿Podíase creer que el soldado cerraría los ojos por largo tiempo, que vería impasible este espectáculo de la fraternidad

de la Francia, que en el momento en que la patria había sido recuperada él solo se obstinaba en permanecer fuera de la patria, que el cuartel sería como una isla separada del resto del mundo?

Es alarmante, sin duda, ver el ejército que delibera, que sabe discernir y escoger, sometido á la obediencia. Y aquí, por lo tanto, ¿cómo podía suceder de otro modo? Si el soldado obedecía ciegamente á la autoridad suprema, de que proceden todas las demás, dócil á sus oficiales, se hallaba infaliblemente en rebeldía con el jefe de los jefes, con la ley. Abstenerse, no hacer nada, imposible; la contrarrevolución no lo entendía así y le mandaba disparar sobre la Revolución, sobre la Francia, sobre el pueblo, sobre su padre, sobre su hermano que le tendía los brazos.

Los oficiales se le aparecían como lo que eran, el enemigo; un pueblo aparte, que era además de otra raza, de otra naturaleza. Como los viejos pecadores, endurecidos en su pecado, se hunden cada vez más en él cuando van hacia la muerte, el antiguo régimen, cercano á su fin, era más duro y más injusto. Los grados altos no se daban más que á los jóvenes de la corte, á los niños mimados de las damas; el ministro Montfarrey ha referido la escena violenta, indecente, que la reina le hizo sufrir por un joven coronel. Los grados menores, accesibles bajo Luis XIV y bajo Luis XV, no fueron dados bajo Luis XVI más que á los que podían probar cuatro abolengos nobiliarios. Jabert, Catinat, Chevert, no habían podido llegar al grado de subteniente.

Antes he dicho cuál era el presupuesto de la guerra en 1784: Cuarenta y seis millones para el oficial, 45 millones para el soldado. ¿Por qué llamarle soldado? Mendigo sería el término propio. El sueldo, relativamente equitativo en el siglo XVII, llegó á no ser nada bajo Luis XV. Bajo Luis XVI, es verdad, se le une otro sueldo pagado en palos. Se imitaba la famosa disciplina de Prusia: se creía que en esto consistía todo el secreto de las victorias del gran Federico, en las palizas al soldado: el hombre llevado como una máquina y castigado como un niño. El peor de los sistemas seguramente, uniendo los males opuestos; sistema á la vez mecánico por una parte y por otra fatalmente duro y arbitrario.

Los oficiales despreciaban soberanamente al soldado, al burgués, á toda clase de hombres que no fueran ellos. ¿Por qué? ¿Por cuál extraordinario motivo? Por uno solo: tiraban muy bien la espada. El prejuicio tan respetable que pone la vida de los valientes á discreción de los diestros, constituía á éstos en una especie de tiranía, y así intentaron, hasta con la Asamblea, este género de amenaza para intimidarla. En la cámara de la nobleza, con los miembros, tiraron de la espada para impedir á los otros unirse al tercer estado. La Bourdonnaie, Noailles, Castries y Cazalés provocaron á Barnave y á Lameth. Tantas groserías dirigieron á Mirabeau, tantas injurias, con la esperanza de deshacerse de él, que no son ni creíbles; él permanecía impávido. ¡Ojala que el más

grande de los marinos de aquel tiempo, Suffren, hubiera hecho lo mismo! Según una tradición muy verosímil, un joven fatuo, de elevado nacimiento, tuvo la insolencia de provocar en duelo á este hombre heroico, de cuya sagrada vida nadie era dueño más que la Francia; él, ya de mucha edad, tuvo la debilidad de aceptar y recibió un golpe mortal. El joven era muy bien mirado en la corte y el asunto quedó en la sombra. ¿Quién quedó contrariado? La Inglaterra, por un golpe así, habría dado millones.

El pueblo no tuvo nunca la delicadeza de comprender tales puntillos de honor. Los Belsunce, los Patrice, que desafiaban á todo el mundo, se encontraban con lo que no buscaban. La espada de la emigración se rompió como el vidrio bajo el sable de la República.

Si nuestros oficiales del ejército que nada habían hecho eran por lo mismo tan insolentes, ¡gran Dios!, ¿qué serían los oficiales de la marina? Desde los últimos sucesos (que no habían sido más que brillantes duelos de barco á barco) no se conocían á sí mismos, eran insoportables; su orgullo se elevaba hasta la ferocidad. Uno de ellos había tenido la desgracia de degradarse hasta el punto de frecuentar la amistad de un antiguo camarada que había pasado al ejército de tierra: pues le obligaron á batirse con él para quedar limpio de tal crimen. Y, ¡afrenta horrible!, el de tierra lo mató.

Un oficial de Marina, Acton, era como el rey de Nápoles. Los Vandreuil rodeaban á la reina y al conde de Artois y los impulsaban con sus violentos consejos. Oficiales de Marina, los Bouchamps, los Marigni, mientras la Francia tuvo enfrente á toda la Europa, le clavaron en la espalda el puñal de la Vandée.

Tolon fué el que sufrió el primer golpe de este orgullo. Mandaba allí el bravo, insolente y duro Alberto de Rioms, uno de los mejores capitanes. Creía dominar las dos poblaciones, el Arsenal y Tolon, de la misma manera que á una chusma de presidiarios, á palos y á latigazos, protegiendo la escarapela negra y maltratando la tricolor. Se fiaba de un pacto que sus oficiales de marina habían hecho con los del ejército de tierra contra los guardias nacionales. Cuando éstos, con los magistrados á la cabeza llegaron á reclamar, los recibió como hubieran recibido á los presidiarios del Arsenal.

Entonces un pueblo furioso rodeó el palacio del comandante. Este mandó hacer fuego y no hubo un soldado que quisiera tirar.

Entonces le fué necesario rogar á los magistrados de la ciudad que le socorriesen. Los guardias nacionales que él había insultado repugnaron defenderle y no llegaron á salvarle sino metiéndolo en un calabozo. (Noviembre-Diciembre del 89.)

En Lille se intentó de igual manera oprimir á las tropas de la guardia nacional y aun de nutrir con ellas los regimientos. El comandante Livarot (se sabe por sus cartas inéditas) las animaba hablándoles de la pretendida injuria que Dubois de Crancé había hecho al ejército en

la Asamblea nacional. La Asamblea no respondió sino con la mejora de la suerte del soldado, dándole al menos prueba de interés del único modo que entonces podía, aumentándole el sueldo con algunas monedas.

Lo que más le irritó fué ver que en París Lafayette había ascendido á todos los subalternos á los grados superiores. La barrera infranqueable quedaba al fin rota.

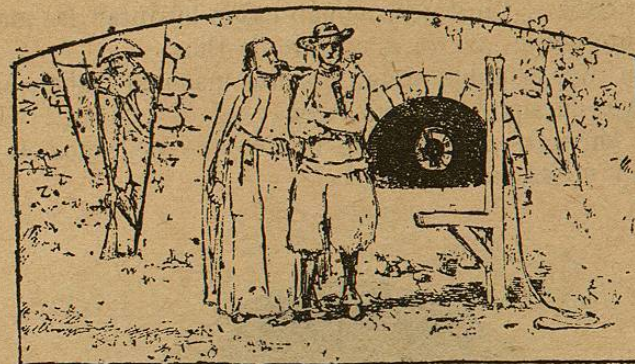
¡Pobres soldados del antiguo régimen, que por tan largo tiempo habían sufrido sin esperanza y en silencio!

Sin ser los prodigiosos soldados de la República y del imperio, no eran indignos de haber tenido su día feliz. Lo que leo acerca de ellos en las viejas historias me admira como paciencia y me conmueve como bondad. Los veo en la Rochela entrando en la ciudad hambrienta y dar su pan á los habitantes. Sus tiranos, los oficiales, los que les cerraban toda carrera al ascenso, no hallaban en ellos más que docilidad, respeto, dulzura, benevolencia. En no sé qué acción, en tiempo de Luis XV, un oficial de ¡catorce años! que había llegado de Versalles no podía ya avanzar rendido de fatiga. «¡Dádmelo, dijo un granadero gigantesco, me lo echaré á la espalda y si hay una bala que recibir, se la evitaré al niño!

Necesario era que al fin hubiera un día para la justicia, la igualdad y la naturaleza; ¡dichosos aquellos que vivieron para verlo!...

Qué alegría para Bretaña encontrar después de cien años, en su humilde estado de piloto, al piloto de Duguay-Trouin, al de la mano firme y fría que llevaba al vencedor bajo el fuego... Juan Robin, de la isla de Batz, el cual fué reconocido en las elecciones y por acuerdo unánime colocado junto al presidente.

Francia estaba avergonzada de una injusticia tan larga y quería honrar en la persona de aquel hombre á tantas generaciones heroicas indignamente olvidadas, rebajadas durante su vida por la insolencia de los que se aprovecharon de sus servicios y después, ¡ah!, relegadas al olvido.



CAPITULO VII

Lucha religiosa.—Pascuas.—La presión de Luis XVI

Leyenda del rey mártir.—Escándalo de la apertura de los conventos.—El clero exalta á las masas ignorantes.—El agente del clero quiere entenderse con la emigración.—El clero y la nobleza en oposición.—Maniobras del clero en Pascuas.—La Asamblea publica el Libro Rojo en Abril del 90.—Hipoteca de los bienes del clero en garantía de los asignados.—El clero pide á la Asamblea declare el catolicismo religión nacional, 12 de Abril de 1790.

Era evidente que no se podía armar al soldado contra el pueblo. Era preciso, pues, encontrar un medio de armar al pueblo contra él mismo, contra una revolución que se hacía para él.

Al espíritu de federación, de unión, á la nueva fe revolucionaria, no se podía oponer más que la nueva fe, si es que existía aún.

A falta del viejo fanatismo extinguido, ó al menos profundamente adormecido, el clero contaba con la fácil bondad del pueblo, con su sensibilidad ciega, su credulidad para los que amaba, su respeto inveterado al sacerdote y al rey... el rey, aquella vieja religión, aquella mística personal, formada con una mezcla de los caracteres del sacerdote y del magistrado, con un reflejo de Dios.

Siempre había dirigido sus ojos el pueblo hacia el rey y á él se dirigían todos sus votos; ¡y con qué resultado! La realeza lo había estrujado, prensado, como lo hubiese hecho una máquina sin piedad.

Nada más fácil á los sacerdotes que hacer creer que Luis XVI era un santo, un mártir.

Aquella figura beatífica y paternal, pesadota (por su origen de la casa de Saxe y de la casa de Borbón), era un santo de catedral, hecho en piedra para un pórtico de iglesia. Su aspecto de miope, su indecisión é insignificancia le daban justamente aquella apariencia de vaguedad que da lugar á todas las leyendas.

Leyenda admirable, patética, muy propicia para conmover los corazones. El rey había amado al pueblo, quería el bien del pueblo y por